

El más extraño idilio
Comedia lírica en cuatro escenas

The game enforces smirks; but we have seen
the moon in lonely alleys make
a grail of laughter of an empty ash can
and through all sound of gaiety and quest
have heard a kitten in the wilderness.

Personajes

El HOMBRECILLO
La PATRONA
El ANCIANO (su suegro)
El BOXEADOR
NITCHEVO, el gato

Una habitación amueblada en una pequeña ciudad industrial del oeste medio de los Estados Unidos. Es semejante a cualquier habitación de este tipo, con la particularidad de que las paredes están cubiertas de inscripciones, firmas de anteriores ocupantes, hombres que vivieron allí algún tiempo y se marcharon a otros sitios parecidos, los trabajadores itinerantes, solteros, de una nación. Hay dos ventanas. Por una de ellas se ven las delicadas ramas de un árbol que cede sus hojas a los últimos días del otoño. Desde la otra ventana pueden verse las erizadas chimeneas de la gran fábrica de manufacturas que da vida a la ciudad.

Escena primera

(La patrona, una mujer gruesa de unos cuarenta años que anda y habla con una especie de poderosa indolencia, está enseñando la habitación a un posible huésped, el hombrecillo, moreno y de aspecto más delicado y nervioso del que suelen tener los trabajadores. Tan pronto como cruza el umbral detrás de la patrona su maleta, muy estropeada, se abre desparramándose por el suelo su contenido: camisas sucias, zapatos viejos, crema para limpiar calzado, un rosario.)

PATRONA (*Riendo*): ¡Vaya! ¡La maleta ha decidido!

HOMBRECILLO (*Agachándose para recoger los objetos esparcidos*): Lleva soltándose todo el día.

PATRONA: ¿Desde cuándo tiene usted esa maleta?

HOMBRECILLO: Desde que empecé a viajar.

PATRONA: ¡Debe ser usted Gulliver, entonces! Usted lo ha resistido mucho mejor que ella.

HOMBRECILLO (*Enderezándose*): No sé.

PATRONA: Con esas cuerdas tan gastadas no puede usted sujetarla.

HOMBRECILLO (*Sonriendo tímida y tristemente*):
No sé.

PATRONA (*Cruzando la habitación para levantar la persiana*): En cuanto a esta habitación..., espero que no sea usted supersticioso.

HOMBRECILLO: ¿Por qué?

PATRONA: En esta habitación vivió un hombre que tuvo una mala racha.

HOMBRECILLO: ¡Oh! ¿Qué le sucedió?

(*La PATRONA ve de repente al gato encima de la cama*)

PATRONA: ¿Y cómo entró aquí ese gato? Un pequeño misterio, ¿eh? Debe haberse subido al peral, dejándose caer después al tejado del porche y trepando por la ventana. (*El HOMBRECILLO deja en el suelo la maleta y se dirige al gato sonriendo. Lo coge con una gran ternura.*) Solía vivir en esta habitación con el ruso.

HOMBRECILLO: ¿Con quién?

PATRONA: El hombre que tuvo la mala racha. Yo le decía que se la había traído el gato.

HOMBRECILLO: ¿Se tenían cariño?

PATRONA: Nunca he visto un cariño igual.

HOMBRECILLO: Entonces el gato no pudo traerle mala suerte. Cuando se quiere no se puede dar mala suerte. ¿Cómo se llama?

PATRONA: Nitchevo.

HOMBRECILLO: ¿Cómo?

PATRONA: Nitchevo. Así es como él lo llamaba. Un día me dijo lo que significaba esa palabra, pero lo he olvidado. Me fastidiaba.

HOMBRECILLO: ¿Qué?

PATRONA: Yo venía aquí a charlar. Las circunstancias en que me ha tocado vivir ponen a prueba a cualquiera. Llega un momento en que tengo que desahogarme. El sabía escuchar.

HOMBRECILLO: ¿El ruso?

PATRONA: Comprensivo, pero callado. Mientras yo hablaba, él se limitaba a mirar al gato.

HOMBRECILLO (*Sonriendo un poco*): ¿Y por eso usted no lo ve con buenos ojos?

PATRONA: No. (*Se sienta cómodamente en la cama.*) Le contaré la historia. El era ruso o algo así. Yo les llamo polacos. Ocupaba esta habitación antes de ponerse enfermo. Había encontrado al gato en el callejón, lo había traído a casa y le daba de comer y lo cuidaba, y hasta le dejaba dormir en su cama. Una costumbre poco higiénica esa de meter a los animales en la cama. ¿No cree usted? (*El HOMBRECILLO se encoge de hombros.*) Bueno..., el trabajo de la fábrica es malo, incluso para un hombre fuerte y robusto. El polaco perdió la salud. Cogió la tuberculosis. Consiguió no sé qué indemnización y decidió irse al Oeste. El gato..., él quería llevárselo. Por eso sí que no pasaba yo. Le dije que había desaparecido. Se marchó sin él. Ahora no puedo verme libre del muy puerco.

HOMBRECILLO: ¿El gato?

PATRONA: Ya le he echado dos veces agua fría cuando viene merodeando por aquí, buscándolo. ¿Ve usted cómo me mira? Odio. Odio fulminante. Igual que mira una mujer celosa a otra mujer. Creo que espera que él vuelva a casa.

HOMBRECILLO: ¿Volverá?

PATRONA: Nunca más.

HOMBRECILLO: ¿Murio?

PATRONA: Lo supe el dieciséis de enero. No había nadie a quién comunicárselo. (*El HOMBRECILLO asiente con una sonrisa triste y acaricia al gato.*) Hay quien dice que los animales entienden. Se lo dije esta mañana. No va a volver, está muerto. Pero no lo entiende.

HOMBRECILLO: Yo creo que sí. Está triste. (*Sosteniéndolo junto a su oído.*) Sí, le oigo llorar.

PATRONA: Usted también es un tipo raro. ¿Le conviene la habitación?

HOMBRECILLO: Es una habitación bonita.

PATRONA: ¿Con quién bromea usted?

HOMBRECILLO: Con usted. ¿Cuánto?

PATRONA: Tres cincuenta. Por adelantado.

HOMBRECILLO: Me quedaré, con la condición de que...

PATRONA: ¿Qué condición?

HOMBRECILLO: Que pueda hacer lo mismo que el ruso y tener al gato aquí conmigo.

PATRONA (*Haciendo una mueca*): Oh, de modo que quiere usted hacer lo mismo que el ruso.

HOMBRECILLO: Sí.

PATRONA (*Arreglándose el pelo en el espejo roto*): Mi marido es un inválido crónico. Un accidente en la fábrica.

HOMBRECILLO: ¿Sí? Lo siento.

PATRONA: Codeína todos los días. Cincuenta centavos me cuesta cada píldora. No me importaría con tal de que él no fuera también una buena píldora algunas veces. ¿Pero quién puede ver sufrir a una persona?

HOMBRECILLO: Nadie.

PATRONA: Eso es lo que yo digo. Bueno, pues... el ruso solía ayudarme en el trabajo más duro de la casa.

HOMBRECILLO: Ya.

PATRONA: ¿Cuántos años tiene usted? ¿A qué lo acierto? ¿Treinta y cinco?

HOMBRECILLO: Ajá. Más o menos.

PATRONA: ¿Italiano?

HOMBRECILLO: Ajá.

PATRONA: ¿No pensará usted que soy una adivina? Mi padre era gitano. Me enseñó muchas canciones gitanas. Me decía: «Bella, tienes nue-

ve partes de música ¡y el resto es picardía de mujer!» (*Le sonríe.*) Ese instrumento colgado de la pared es una balalaika. Una noche vendré aquí a distraerle.

HOMBRECILLO: Muy bien. La oí cantar al llegar a la casa. Por eso me paré.
(*Ella sonríe de nuevo y se queda como esperando*)

PATRONA: Le llamaré Musso. Musso de Mussolini. ¿Tiene usted un empleo?

HOMBRECILLO: Todavía no.

PATRONA: Baje a la fábrica y pregunte por Oliver Woodson.

HOMBRECILLO: ¿Oliver Woodson?

PATRONA: Dígale que va de parte de la señora Gallaway. Le pondrá en seguida en la nómina.

HOMBRECILLO: Bueno. Gracias.

PATRONA: La ropa se cambia los lunes. (*Inicia la salida.*) Tengo que disculparme por el estado en que están las paredes.

HOMBRECILLO: Ya me di cuenta. ¿Quién las puso así?

PATRONA: Todos los hombres que pasaron por aquí escribieron su nombre.

HOMBRECILLO: Deben haber sido muchos.

PATRONA: Aves de paso. ¿Intentó usted contarlas alguna vez? Desazón..., cambios.

HOMBRECILLO (*Sonriendo*): Sí.

PATRONA: Una diría que un hombre que tiene la paga en el bolsillo tiene algo mejor que hacer que poner su nombre en las paredes de una habitación alquilada.

HOMBRECILLO: ¿Está también ahí el nombre del ruso?

PATRONA: Su nombre no. No sabía escribir. Pero sí está su retrato. ¡Ahí! (*Señala un dibujo infantil de un hombre muy grande.*) Y a su lado,

mire, el rabo..., los bigotes..., ¡el gato! (*Ríen los dos.*) Compañeros de fatigas, ¿eh?

HOMBRECILLO: ¿Era un hombre alto y grande?

PATRONA: ¡Enorme! Pero cuando el microbio de la enfermedad le atacó, se hundió como una viga podrida... Las estadísticas demuestran que los hombres casados viven más tiempo. Le diré por qué. (*Se estira la blusa y se ajusta el cinturón.*) Los hombres que viven solos... adquieren costumbres peculiares. Toda esa parte de su vida que debería llenarse con las cosas de la familia se queda... vacía. ¿Usted me entiende?

HOMBRECILLO: ¿Sí?

PATRONA: Bueno, pues... la llenan con sustitutos. Una vez tuve un huésped que iba al cine todas las noches. Siempre llevaba consigo una cartera. ¡Adivine lo que llevaba en ella!

HOMBRECILLO: ¿Qué?

PATRONA: Rollos de papel higiénico para sentarse en el inodoro. (*El HOMBRECILLO desvía la mirada con embarazo.*) Un maniático de la higiene. Otro huésped tenía un par de zapatillas de fieltro que eran su tesoro.

HOMBRECILLO: ¿Un par... de...?

PATRONA: Zapatillas. De fieltro gris corriente. No tenían nada de pintoresco. Salvo una cosa: ¡el olor! Casi insoportable al cabo de quince años, el tiempo que debió llevarlas, según mis cálculos. Bueno, pues las zapatillas desaparecieron... por una feliz casualidad, como suele decirse. ¡Cielo santo! ¿Cómo iba yo a imaginarme que se moriría de desconsuelo? ¡Poco le faltó! (*Ríe.*) No podía vivir sin aquellas zapatillas de fieltro. (*Se vuelve hacia la pared.*) Un día voy a coger un estropajo de alambre y una pastilla de jabón y voy a dejar estas paredes tan lim-

pias como estaban antes de que llegara el primer huésped.

(*Se abre la puerta. Entra el ANCIANO. Se parece a Walt Whitman*)

ANCIANO: No debes hacer eso, hija.

PATRONA: Ah. Es usted. ¿Por qué no?

ANCIANO: Esos nombres son sus pequeños intentos de dejar memoria. Sus modestas pretensiones de inmortalidad, hija. No los borres. Incluso el gorrión... deja como recuerdo un nido vacío. ¿No es verdad, muchacho?

HOMBRECILLO: Sí.

ANCIANO: Las cataratas han empezado a... (*Mueve la mano por delante de sus ojos casi ciegos.*) No sé muy bien dónde está usted.

HOMBRECILLO (*Tendiéndole la mano*): Aquí.

ANCIANO: Que le sea grata su estancia aquí. Aunque sea corta. ¡Y escriba su nombre en la pared! No se le olvidará.

PATRONA: Ya basta, padre.

ANCIANO: Sólo busco alguna botella vacía. ¿Tiene usted alguna?

PATRONA: ¿Cómo va a tener botellas vacías? Acaba de mudarse.

ANCIANO: Las cambio en la Bright Spot Delicatessen. Volveré después para terminar nuestra conversación.

(*Sale*)
PATRONA: Mi suegro. No le haga caso, le dará la lata. (*Se lleva un dedo a la frente.*) ¡Alcohólico..., ido!

HOMBRECILLO (*Hundiéndose en la cama y cogiendo otra vez al gato*): Estoy cansado.

PATRONA: Espero que se sienta cómodo aquí. Creo que eso es todo.

HOMBRECILLO: ¿Oliver Woodson?

PATRONA (*En la puerta*): Ah, sí, Oliver Woodson. (*Sale. El HOMBRECILLO se levanta y saca del bol-*

sillo un lápiz muy gastado. Sonriendo un poco va hacia la pared y dibuja, debajo del gran autorretrato elíptico del ruso, su propia figura desmirriada en unos cuantos trazos rápidos de lápiz. Debajo del dibujo del gato hace una marca muy señalada. Después sonríe al gato y se echa a un lado para estudiarlo)

Telón

Escena segunda

(Una noche de invierno del mismo año, bastante tarde. En la habitación no hay nadie más que el gato. A través de los helados cristales de la ventana de la pared de la izquierda entra la acerada claridad de la luna invernal. Por la ventana de la pared de la derecha se ve el fluctuante resplandor rojizo de la fábrica y se oye débilmente el rumor de sus pulsaciones. Entra el hombrecillo y enciende la bombilla que cuelga del techo. Lleva un paquete pequeño. Sonríe a Nitchevo y deshace el paquete. Es una pequeña botella de leche. Se la enseña al gato.)

HOMBRECILLO: Un momento. *(Baja la persiana de la ventana que da a la fábrica.)* Ahora. Olvidemos la fábrica. *(Pone la leche en un platillo azul.)* Eso es. La cena. *(Lo pone en el suelo junto a la cama y se sienta para ver comer al gato.)* Nitchevo, no te pongas nervioso. No hay por qué preocuparse. En invierno se me ponen las manos tiesas, me vuelvo desmañado. Pero puedo frotármelas, puedo darme masaje en las articulaciones. Y cuando venga el buen tiempo se me pasará esta rigidez. Entonces ya no vol-

veré a atascar la máquina. Hoy el señor Woodson se puso furioso. ¡Me dio unos gritos! Porque mis dedos torpes atascaron la máquina. Se puso detrás de mí, me miró y gruñó..., ¡así! (*Da un gruñido amenazador.*) ¡Oh, fue como si me clavarán un cuchillo entre las costillas! Porque, verás, yo... tengo que conservar este empleo para traerte la cena. ¡Empecé a temblar! ¡Así! (*Imita el temblor.*) Y él siguió de pie detrás de mí, observándome y gruñendo. Mis manos iban cada vez más a prisa, más a prisa, rompieron el ritmo. ¡Y de repente, una pieza puesta fuera de su sitio, la máquina se atasca, la cinta transportadora se para! ¡Aaaaaaaa! ¡Todos los hombres de la hilera me miraron! ¡Los de delante y los de detrás, a todo lo largo de la fila, se volvieron y me miraron! ¡El señor Woodson me agarró por el hombro! «¡Tú tenías que ser —me dijo—, italiano desmanotado! ¡Parando el trabajo otra vez, desgraciado imbécil!» (*Se tapa la cara.*) Oh, Nitchevo... Perdí mi dignidad... Lloré... (*Toma aliento en un sollozo estremecido.*) ¡Pero ahora olvidémoslo, por fortuna se acabó! Es de noche, estamos solos y juntos... Se está caliente en la habitación... Vamos a dormir...

(*Se quita la camisa y se echa de espaldas en la cama. Llamán a la puerta y se incorpora rápidamente. Hace un gesto de advertencia al gato. Pero la persona que llama no se desanima fácilmente. Se repite la llamada y se abre la puerta. Es la PATRONA, vestida con una negligée llena de manchas, pero elegante*)

PATRONA (*En un tono resentido, pero melifluo*): ¡Oh...! Se hacía usted el dormido.

HOMBRECILLO: No... estoy vestido.

PATRONA: No tiene por qué darle vergüenza de mí. Pensé que había salido y se había dejado la luz

de la habitación encendida. Tenemos que economizar electricidad.

HOMBRECILLO: Siempre la apago cuando salgo.

PATRONA: No creo que salga usted nunca, excepto para ir a la fábrica.

HOMBRECILLO: Estoy en el turno de noche, ahora.

PATRONA: El turno del cementerio, lo llaman.

¿Qué le ha pasado con Oliver Woodson?

HOMBRECILLO: ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué?

PATRONA: Me lo encontré en la Bright Spot Delicatessen. «Oh, por cierto —le dije yo—, ¿qué tal aquel hombre que te mandé, aquel italiano?» «Ah, ése», dijo el señor Woodson. «Dime, ¿qué pasa con él? ¿No lo hace bien?» «No, para el trabajo.» «Bueno —le dije yo—, dale tiempo. Yo creo que es nervioso. Quizá se esfuerza demasiado.»

HOMBRECILLO: ¿Y qué dijo él?

PATRONA: Nada, dio un gruñido. (*Sonríe. El HOMBRECILLO vierte el resto de la leche en el platillo del gato. Está temblando.*) Debe usted procurar dominar sus nervios. Tal vez lo que necesita es un poco de distracción. (*Se sienta en el borde de la cama, con la balalaika.*) ¡Siéntese! ¡Hay sitio para los dos en este sofá! (*Aplana el espacio que hay junto a ella. El se sienta encogido, a considerable distancia. Entrecruza con desasosiego las manos. Ella toca un acorde suave en la balalaika y canturrea mirando de soslayo al nervioso huésped.*) ¿Cansado?

HOMBRECILLO: Sí.

PATRONA: Algunas noches le oigo hablar a través de la puerta. Con quién habla, pensaba yo. (*Con una risita.*) Al principio creía que había traído usted una mujer. Yo soy tolerante. Sé que la gente necesita algo más que comida y algo más que trabajo en la fábrica. (*Toca, abstraída por un momento.*) Por eso, cuando oía

esas conversaciones me alegraba. Me decía: «Ese hombre solitario ha encontrado una mujer.» Únicamente me preocupaba que fuese una mujer pescada..., ya sabe usted, en la calle. Esas mujeres no suelen ser muy limpias. La higiene femenina es mucho más complicada. Bien...

(*El HOMBRECILLO mira al suelo muerto de azoramiento*)

HOMBRECILLO: No era... una mujer.

PATRONA: Ya lo sé. Lo averigüé. Estaba usted solo.

¡Hablando solo con un gato! Divertido, sí, pero un poco lamentable también. Usted, un hombre que todavía no ha llegado a la edad madura, dedicando tanta atención, tanto tiempo y tanto afecto... ¿a qué? ¡A un gato callejero perdido que heredó por casualidad del hombre que ocupó la habitación antes que usted, aquel ruso loco! El más extraño idilio..., un hombre... ¡y un gato! Lo que nunca se debe hacer es no escuchar a la naturaleza. La naturaleza dice: «El hombre debe tomar una mujer o... estar solo.» (*Con una sonrisa acariciadora y corriendo un poco hacia él.*) Pero la naturaleza nunca ha dicho: «El hombre debe tomar un gato».

HOMBRECILLO (*De repente, levantándose torpemente*): A mí la naturaleza nunca me ha dicho nada.

PATRONA (*Con impaciencia*): ¡Porque no la habrá escuchado!

HOMBRECILLO: Sí que la he escuchado. ¡Pero lo único que oigo es mi propia voz haciéndome preguntas molestas!

PATRONA: Usted me oye, ¿no?

HOMBRECILLO: La oigo cantar algunas veces cuando vuelvo a casa. Es muy agradable. Me gusta.

PATRONA: Entonces, ¿por qué no entra usted en el salón y charlamos un poco? ¿Por qué es usted tan vergonzoso? (*Poniéndose de pie tras*

él.) Podríamos charlar, pasarlo bien. Cuando tomó usted esta habitación me dio una falsa impresión.

HOMBRECILLO: ¿Qué quiere usted decir?

PATRONA: ¿Ha olvidado la conversación que tuvimos?

HOMBRECILLO: No recuerdo ninguna conversación.

PATRONA: Dijo usted que deseaba hacer lo mismo que el ruso.

HOMBRECILLO: ¡Me refería al gato, quedarme con él!

PATRONA: ¡Yo le dije que él también me ayudaba en el trabajo de la casa!

HOMBRECILLO: ¡Ahora estoy en el turno de noche!

PATRONA: ¡Déjese de evasivas! (*Hay una pausa y después ella le pone la mano en el hombro.*)

Creí que le había explicado bien las cosas. ¡Mi marido es un inválido, codeína dos veces al día!

Naturalmente, yo... ¡tengo que desahogarme!

(*El HOMBRECILLO se separa de ella, nervioso. Ella continúa, agobiante, levantando la mano para apagar la bombilla.*) Así... está mejor, ¿verdad?

HOMBRECILLO: No lo sé... con seguridad.

PATRONA: ¿No está contento con la habitación?

HOMBRECILLO: Sí, me gusta.

PATRONA: Tenía la impresión de que no estaba a gusto en ella.

HOMBRECILLO: Esta habitación es mi hogar. Me gusta.

PATRONA: ¡Cómo evita usted toda conversación..., pasa casi corriendo por la entrada todas las noches! ¿Por qué no charlamos? ¿Le comió la lengua el gato?

HOMBRECILLO: Usted no me habla... a mí.

PATRONA: ¡Le estoy hablando a usted... directamente!

HOMBRECILLO: A mí, no.

PATRONA: ¡Usted! ¡Yo! ¿Dónde está el tercero?

HOMBRECILLO: No hay segundo.

HOMBRECILLO (*Acercándole una*): Aquí.

ANCIANO: Gracias. Me voy en seguida.

HOMBRECILLO: Puede usted estar todo el tiempo que quiera.

ANCIANO: Es usted muy amable. Pero no me quedaré. Sé que soy muy pesado, un viejo pesado que molesta a la gente con su necesidad de compañía. ¿No tendrá usted... un poco de tabaco?

HOMBRECILLO (*Sacando un poco*): Sí..., aquí está. ¿Quiere que se lo líe?

ANCIANO: Oh, no, no. Tengo los dedos muy ágiles.

HOMBRECILLO: Los míos tiemblan, siempre están entumecidos.

ANCIANO: Sí. Sé lo que es eso. Por eso... vine a verle. Pensé que podríamos charlar un poco.

HOMBRECILLO (*Incómodo*): Yo no... hablo mucho.

ANCIANO: Los tontos no soportan el silencio. A mí me gusta. Veo que tiene usted libros. ¿De la biblioteca pública?

HOMBRECILLO: Uno o dos. Son míos.

ANCIANO: Cuando pasaba por la puerta oí un chasquido.

HOMBRECILLO: ¿Chasquido?

ANCIANO: Sí, como de botellas. Yo recojo botellas vacías que cambio en la Delicatessen.

HOMBRECILLO: La botella que oyó usted fue un botellín de leche. Está debajo de la cama.

ANCIANO: ¡Oh! Esas no sirven. ¿Toma usted leche?

HOMBRECILLO: El gato.

ANCIANO (*Moviendo la cabeza*): ¡Ohhh, de modo que está aquí el gato! ¡Eso es lo que da a la habitación un ambiente tan grato y apacible! Nitchevo..., ¿dónde estás?

HOMBRECILLO: Está cenando.

ANCIANO: Bien, no le diré nada hasta que haya terminado. ¿Le gustan a usted los animales?

HOMBRECILLO: Sólo Nitchevo.

ANCIANO: Tenga cuidado.

HOMBRECILLO: ¿De qué?

ANCIANO: Podría usted perderlo. Eso es lo malo que tiene el tomarle cariño a algo, la posibilidad de perderlo.

HOMBRECILLO: Nitchevo no me abandonaría.

ANCIANO: Es posible que no quiera abandonarle. Pero la vida está llena de accidentes, azares, posibilidades, no siempre favorables. ¿Sabía usted eso?

HOMBRECILLO: Sí.

ANCIANO: Puede atropellarle un camión.

HOMBRECILLO: Nitchevo se crió en la calle.

ANCIANO: Los lujos de su vida actual pueden haber embotado un poco sus facultades.

HOMBRECILLO: No conoce usted a Nitchevo. No ha olvidado lo peligrosa que puede ser la vida para una persona sola.

ANCIANO: ¡Pero no tiene en sus manos el control del universo!

HOMBRECILLO: No. ¿Por qué había de tenerlo?

ANCIANO: Pueden suceder otras cosas. ¿Trabaja usted en la fábrica?

HOMBRECILLO: Sí.

ANCIANO (*A sus ojos nublados asoma una luz fantástica*): ¡Ajá! Conozco a los tipos que dirigen la fábrica, conozco a los jefes. Ellos saben que yo también los conozco. Saben que conozco sus trucos. Por eso me odian. Mire. Suponga que la demanda de lo que ellos fabrican disminuye. Pueden hacer dos cosas. Bajar los precios, poniendo así el producto al alcance de más consumidores. ¡Oiga! He leído libros sobre la cuestión. Pero no. Pueden hacer otra cosa. Pueden reducir el número de cosas que hacen..., ¡crear una escasez! ¿Ve? ¡Y subir los precios aún más! ¡Y de ese modo mantener el margen de beneficios de los ricos! ¿Qué cree usted que

harán? ¡Dios Todopoderoso... Nitchevo sabe la respuesta! ¡Harán lo que han hecho siempre! (*Ríe entre dientes y se levanta, empezando a cantar con voz bronca y cascada.*)

Arriba, arriba los beneficios
Vosotros, paniaguados del patrono,
Elevad los reales beneficios,
No deben sufrir merma.

(*Se oye un golpeteo en la pared y una voz de protesta fuera*)

HOMBRECILLO: Molestamos a la señora O'Fallon.

ANCIANO: Sí, sí. Lo que reducirán será la producción. Se necesitarán menos hombres cada día para hacer funcionar las máquinas. Habrá cada día menos en la cinta transportadora. Serán cada día más los trabajadores que caigan en manos de la beneficencia. Se pierde la independencia...; después, el orgullo...; después, la esperanza. Por último, se pierde hasta la capacidad del alma para sentir vergüenza o desesperación o algo. ¿Qué es lo que queda? Un ser como yo, cuya necesidad de compañía se ha convertido en una molestia para la gente. Bueno, pues en algún eslabón de la cadena de desgracias... ¡está el gato!

HOMBRECILLO: ¿Nitchevo?

ANCIANO (*Asintiendo con aire de sagacidad*): Ya no puede usted comprarle la leche.

HOMBRECILLO: ¿Y bien?

ANCIANO: ¡Los gatos son caprichosos!

HOMBRECILLO: Este no es un amigo de los buenos tiempos.

ANCIANO: ¿Cree usted que le sería fiel? ¿Incluso en la adversidad?

HOMBRECILLO: Me sería fiel.

ANCIANO (*Se le alegra la cara poco a poco*): ¡Magnífico! ¡Magnífico! (*Se toca los párpados.*)

¡Qué hermosa confianza! Una rara y hermosa confianza. Casi me hace llorar. Es lo más perfecto que puede dar la vida.

HOMBRECILLO: ¿Qué?

ANCIANO: La comprensión afectuosa y total de dos o tres seres entre las cuatro paredes de una habitación con las ventanas cerradas al mundo.

HOMBRECILLO (*Asintiendo*): Sí.

ANCIANO (*Alternativamente manso y vociferante*):

El tejado es delgado. Por encima de él, la enorme y resplandeciente rueda del cielo que nos habla de un misterio. Finas..., invisibles..., maravillosas cuerdas nos ligan a él. Y así estamos salvados, purificados y glorificados. Nosotros tres. ¡Usted y yo y... Nitchevo, el gato! (*Lo levanta hasta su oído.*) ¡Escuche! ¡Ronronea! ¡Mmmm!, qué sonido tan suave y tan dulce y tan potente. ¡Es el alma del universo... palpitando en él! (*Se lo devuelve al HOMBRECILLO.*) Tómelo y no lo suelte. No permita que se separe de usted. Porque mientras estén juntos... ninguna de las fuerzas del mal en la tierra podrán destruirles. ¡Ni siquiera ese niño estúpido que es el azar, ni los lobos enloquecidos e insaciables que hay en los corazones de los hombres! (*El sonido de la protesta exterior aumenta de volumen. Se oye el ruido de una ventana al abrirse, y una mujer que llama a un policía. El ANCIANO se dirige a la ventana que da a la fábrica. Sube la persiana y el flameante resplandor rojo de las palpitantes forjas brilla sobre su rostro barbudo.*) ¡Ahí está!

HOMBRECILLO: ¿La fábrica?

ANCIANO: Ajá. (*En un tono tranquilo, de conversación normal.*) Anteayer bajé a la fábrica. Pedí un empleo al encargado. «Oliver Woodson —le dije—, esta empresa es demasiado grande para que yo pueda luchar contra ella. Vengo

con la rama de olivo. Quiero un empleo.» «Es usted demasiado viejo», me dijo. «No importa —le contesté yo—. Tómame el nombre.» «Pero, abuelo —me replicó—, está usted casi ciego.» «No importa —repetí yo—. Tómame el nombre.» «Conforme, abuelo —dijo Oliver Woodson—. ¿Cómo se llama usted?» «Me llamo Hombre —respondí—. Me llamo Hombre. Hombre es mi nombre —le dije—, se escribe *H-o-m-b-r-e*.» «Muy bien —dijo Oliver Woodson—. ¿Dónde vive usted?» «Vivo en una cruz», le dije yo. «¿En dónde?» «¡En una cruz! ¡Vivo en una cruz! (*Elevando cada vez más la voz.*) Codicia y Estupidez, esos son los dos brazos de la cruz en que me habéis clavado. ¡Estupidez y Codicia, esos son los dos brazos de la cruz en que me habéis clavado!»

HOMBRECILLO: ¿Y qué dijo él entonces? ¡El encargado!

ANCIANO: ¿El encargado? Dijo: «¡Cállate, estate quieto! ¡Voy a hacer venir la furgoneta!»

VOZ DE MUJER (*Gritando desde el pasillo*): ¡No estoy dispuesta a vivir en la misma casa que un loco! ¡He llamado a la Policía y van a venir con la furgoneta!

HOMBRECILLO (*Tristemente*): Va a hacer venir la furgoneta.

ANCIANO: ¡Ya está! ¿Lo ve? Yo hablo en nombre del pueblo. Ellos llaman a la furgoneta para que me lleven. No importa. Tómeme el nombre. ¡Me llamo Hombre! (*Se asoma a la ventana y levanta el puño amenazadoramente en dirección de la fábrica. Aumenta el flamear de las forjas, y su pulso uniforme parece acelerarse con el frenesí del ANCIANO.*) ¡Te veo y te oigo! ¡Bum-bum-bum! ¡El latido de un corazón enfermo!

PATRONA (*Desde el pasillo*): ¡Cállese, viejo tonto, borracho, ha despertado usted a toda la casa!

VOZ DE MUJER (*Desde fuera*): ¡Terrible, terrible, terrible! ¡Locos en la casa!

ANCIANO: ¡Eres un monstruo que respira fuego! ¡Pero escúchame! ¡Porque voy a echar la maldición! ¡Seguid, seguid vosotros, rufianes miserables del mundo! ¡Vosotros, empresarios del engaño, traficantes de mentiras! ¡Nos tenéis acorralados, pero no nos habéis derrotado! ¡La pasión de nuestra resistencia está adquiriendo fuerza! ¡Podemos rugir también, vamos a rugir! ¡Os damos sólo un poco de respiro! ¡Os decimos: alimentaos, alimentaos! ¡Raza de glotonos! ¡Devorad la carne de vuestros hermanos, bebed su sangre! ¡Hartad vuestros monstruosos vientres de corrupción! ¡Y cuando estéis demasiado cebados para poder moveros, este puño, que es el puño de Dios, se apretará para pegar, pegar, pegar!

(*Rompe un cristal de la ventana. En este momento se abre violentamente la puerta. La luz del pasillo se vierte sobre la habitación*)

HUESPEDA (*Desde fuera*): ¡Cuidado, puede matar a alguien!

PATRONA: ¡Señora O'Fallon, cálese, quítese de en medio! ¡Policía, entre!

(*Entra un AGENTE DE POLICIA seguido de la PATRONA, en bata. Un grupo de huéspedes asustados, de aspecto gris y pusilánime, se arracima tras ella en el umbral. El HOMBRECILLO está de pie, apretando al gato contra su pecho. Al ANCIANO se le ha pasado el arrebató. Está de pie con la cabeza gacha bajo la banal luz de la bombilla eléctrica que enciende la PATRONA*)

PATRONA (*Al ANCIANO*): ¡Aaah, viejo estúpido y borracho, se me acabó la paciencia! Policía, llévselo. Enciérrelo hasta que recobre el juicio. (*El POLICIA coge al ANCIANO por el brazo*)

POLICIA: Vamos, viejo.

HUESPEDA (*En el grupo de la puerta*): ¡Un tipo peligroso, un criminal!

PATRONA (*Al grupo*): Vamos, vamos, vuelvan a la cama. Se acabó el alboroto. (*El ANCIANO apenas parece darse cuenta de que le sacan de allí. Los demás se retiran tras él. El HOMBRECILLO hace un gesto mudo, de protesta, y sigue sosteniendo a NITCHEVO con un brazo contra su pecho. La PATRONA cierra la puerta detrás de los otros. Se vuelve, airada, hacia el HOMBRECILLO.*) ¡Usted! ¡Usted es el responsable! ¿No le dije que no le diera cuerda cuando está borracho y se pone a desbarrar? ¡Bueno!... ¿Por qué no dice algo? (*Cierra de golpe la ventana.*) ¡Dios! Usted no es un hombre, usted es un remedo de hombre! ¡Deje ya ese gato! ¡Suelte a ese animal! (*Le arrebató a NITCHEVO y lo echa al suelo.*) Me odia.

HOMBRECILLO: No le gusta la brusquedad.

(*La mira fijamente*)

PATRONA (*Incómoda*): ¿A qué viene esa mirada? ¿Qué significa?

HOMBRECILLO: No la estoy mirando a usted. Estoy mirando todo el mal que hay en el mundo. Apague la luz. He vivido demasiado tiempo en una habitación que no tenía más que ventanas; siempre era mediodía y no había cortinas que correr. Apague la luz. (*Ella alza lentamente la mano y apaga la luz. El, de repente, va hacia ella y hunde la cabeza en su pecho.*) ¡Oh, hermosa y cruel gitana! ¡Cántame, cántame! ¡Consuélame en la oscuridad!

(*Al principio sigue rígida y hostil. Después, cede y abraza el cuerpo encogido del HOMBRECILLO y empieza a cantar en voz baja*)

Telón

(Una mañana de primavera. Las ramas que se ven desde la ventana de la habitación tienen hojas nuevas y tiernas que proyectan su sombra temblorosa sobre los cristales. En la cama de hierro pintada de blanco está sentado el Boxeador, en camiseta, quitándose los callos con un cortaplumas. Con un débil chirrido se abre la puerta. Entra el Hombrecillo. Tiene un aire aturrido, parece como si hubiera salido de una larga enfermedad.)

HOMBRECILLO (*Con voz apagada*): ¿Nitchevo?

BOXEADOR (*Con una mueca*): Lo siento, se equivocó de puerta..., ¡mi nombre es Bill! (*Señala a un punto de la pared donde ha garabateado su firma con grandes letras. Sobre los retratos del ruso, del gato y del HOMBRECILLO hay una enorme X*)

HOMBRECILLO: Esta habitación era la mía.

BOXEADOR: Pues ya no lo es. A no ser que la patrona me haya timado.

HOMBRECILLO: Usted... ¿se ha mudado aquí?

BOXEADOR: Sí. He colgado mis guantes de boxeo

en la pared. Y ahí están mis trofeos de plata. *(Señala los guantes colgados de un clavo y varias copas de plata colocadas sobre la mesa escritorio)*

HOMBRECILLO: Había... un gato.

BOXEADOR: ¿Un gato?

HOMBRECILLO: Sí.

BOXEADOR: ¿Suyo?

HOMBRECILLO: Sí. Era mío... por adopción. Pensé que podría... Esperaba encontrarlo aquí.

BOXEADOR *(Mirándole curioso y divertido)*: En eso no puedo ayudarle.

HOMBRECILLO: ¿No ha visto usted un gato? ¿Un gato gris? *(Se toca el pecho.)* ¿Con manchas blancas?

BOXEADOR: Francamente, he visto docenas de gatos de todas clases. *(Fuera, en otra parte de la casa, la PATRONA comienza a cantar una de sus pegadizas canciones gitanas. Mientras habla, el BOXEADOR vuelve a quitarse los callos con expresión amistosa.)* ¡He visto gatos grises, negros, blancos, manchados, salpicados y espurreados! Mis relaciones con los gatos son estrictamente... *¡laissez faire!* ¿Sabe lo que quiere decir eso, amigo? Vive y deja vivir..., un lema. Nunca me he molestado... *(Levanta la vista pensativamente)* en hacer daño a un gato. Pero cuando alguno me molesta a mí, por lo general, ¡le doy un puntapié! *(El HOMBRECILLO le mira sin habla.)* ¿Puedo darle alguna otra información?

HOMBRECILLO: Verá, yo trabajaba en la fábrica.

BOXEADOR: ¿Ah, sí?

HOMBRECILLO: Me despidieron, yo... no podía con el trabajo. ¡Los dedos... se me quedaban helados! Al volver a casa, yo..., me ocurrió algo. Me llevaron a las Hermanas de la Merced. *(El BOXEADOR da un gruñido.)* No tengo ni idea de cuántas semanas pasé allí. En observación...

mental. Cuando salí... pensé qué habría sido de mi gato y eso fue esta mañana. He venido... a recogerlo.

BOXEADOR: Yo no lo he visto, amigo.

HOMBRECILLO *(Desesperado)*: ¿No ha... trepado por la ventana?

BOXEADOR: No. Si lo hubiera hecho no hubiera sido muy bien recibido.

HOMBRECILLO: ¿No ha... venido por aquí, entonces?

(Su voz se quiebra, le tiemblan los labios. El

BOXEADOR *le mira con incredulidad. De repente se echa a reír. Sin poder evitarlo, el HOMBRECILLO*

rie con él, incontinentemente, hasta perder el aliento. Por unos momentos rien juntos; después, de pronto, la cara del HOMBRECILLO se crispa.

Se la cubre con las manos y solloza. El

BOXEADOR *profiere una exclamación de asombro. Realmente es demasiado. Cruza la habitación en*

dos zancadas y abre la puerta)

BOXEADOR *(Gritando)*: ¡Bella! ¡Bella! ¡Eh, Bella!

(La PATRONA responde. Momentos después aparece en la puerta. Su sencillez general ha desaparecido. Se ha rizado el cabello y lleva un

vestido ajustado y bisutería de relumbrón. Hay en ella ahora una opulencia reluciente y equívoca)

PATRONA: ¡Ah! Usted. Me dijeron que le habían

echado de la fábrica. Lo siento. La habitación

está alquilada. Ahora la ocupa este caballero.

Sus cosas, lo poco que tenía, están empaquetadas

en el armario de abajo. Puede usted recogerlo

al salir. *(El HOMBRECILLO rebusca en sus bolsillos y saca un trapo sucio. Se suena con él.)*

No puedo permitirme el lujo de tener habitaciones

sin alquilar. Tengo que ser una mujer

práctica, ¿no? Yo no le engañé con falsas apariencias.

Recuerde la primera conversación que

tuvimos, antes de que usted hubiera decidido

ni siquiera alquilar la habitación. Le dije que mi carácter no tenía nada de blando. Que era una persona sincera y decente, pero no sentimental. Así es la vida... ¡y hay que tomarla como viene!

HOMBRECILLO: Usted... venía por las noches y... cantaba.

BOXEADOR: ¡Hum!

HOMBRECILLO (*Asombrado*): Cantaba...

PATRONA: ¿Y qué? Tuvo usted diversión gratis. Pero eso no quiere decir que me dejara llevar de sentimentalismos con usted.

(*El HOMBRECILLO sacude la cabeza*)

HOMBRECILLO: ¿Nada?

PATRONA: ¿Qué?

HOMBRECILLO: ¿Nada?

BOXEADOR (*Cargado*): ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? ¿Esta habitación es mía o de otro? (*Coge sus guantes de la pared.*) ¡Devuélvame los cinco dólares que la pagué y me largo!

PATRONA: ¡Para el carro!

BOXEADOR: ¿Yo o él?

PATRONA: ¡Tú, bocazas! ¡Calma!

BOXEADOR: No, no quiero. No me gusta esta clase de asuntos. ¡Alquilo una habitación y no quiero que vengan visitantes chiflados llorando por la desaparición de un gato!

PATRONA: ¡Calma, por el amor de Dios! ¿Es esto una crisis nacional? ¡Señor... Chile con carne! ¡Como se llame! Váyase, por favor.

HOMBRECILLO (*Recobrando su dignidad*): Me voy. Sólo quería preguntarle dónde está el gato.

PATRONA (*Con altivez*): No puedo responder a esa pregunta. Lo eché de aquí.

HOMBRECILLO: ¿Cuándo?

PATRONA: No recuerdo. Hace dos o tres semanas, quizá.

HOMBRECILLO (*Con desesperación*): ¡No!

BOXEADOR: Dios.

HOMBRECILLO: No, no, no.

PATRONA (*Furiosa, a los dos*): ¡Cállense! ¿Por quién me toma? Hay gente con desfachatez... ¿Pretende que hiciera de niñera de un gato callejero enfermo?

(*Pausa*)

HOMBRECILLO: ¿Enfermo?

PATRONA: ¡Sí! ¡Quejándose! ¡Espantoso!

HOMBRECILLO: ¿Qué le pasaba?

PATRONA: ¿Y cómo iba yo a saberlo? ¿Acaso soy *vitirinario*? Se pasaba las noches maullando y organizaba un escándalo terrible. Sí, como está haciendo usted ahora. Le eché de aquí. Y cuando volvió a entrar sigilosamente le eché agua fría, ¡tres o cuatro veces! ¡Y ya, por fin, por fin, entendió que no debía volver! Eso es todo lo que tengo que decir sobre ese asunto.

HOMBRECILLO (*Mirándola fijamente*): ¡Ordinaria..., fea..., gorda...! (*Lo repite más de prisa.*) ¡Ordinaria, fea, gorda, ordinaria, fea, gorda! (*Ella, furiosa, le da una bofetada. El BOXEADOR le agarra por los hombros y le hace salir por la puerta de un puntapié*)

BOXEADOR; ¡Vamos! ¡Maldita sea! ¡Una casa de locos!

PATRONA: ¡Aaaaaaa! ¡El muy...!

HOMBRECILLO (*Gritando a través de la puerta*): ¿Dónde está? ¡Nitchevo, Nitchevo! ¿Dónde está? ¿Dónde ha ido? ¡Nitchevo, Nitchevo! ¿Dónde?

PATRONA (*Gritándole también*): ¡Santo Dios!, ¿qué me importa a mí dónde fuera ese asqueroso gato? ¡Por mí se puede haber ido al infierno! ¡Salga de la casa y deje de gritar! ¡Llamaré a la Policía!

(*El HOMBRECILLO no contesta y da la espalda a la puerta, que obstruye el BOXEADOR*)

- BOXEADOR: ¡Uf! Sí, una casa de locos.
- PATRONA: Ha perdido el juicio. Completamente. *(Se limpia la cara con la manga y se arregla el vestido.)* ¿Se ha ido? ¿Oyes algo?
- BOXEADOR: Sí. Está bajando la escalera.
- PATRONA: ¡Dios mío! Detesto que la gente haga escenas así. ¡Imagínate! ¡Hacerme responsable de un gato enfermo! *(Resuella un poco.)* Ordinaria, fea, gorda... Supongo que lo soy. Pero ¿quién no lo es?
- (Se deja caer agotada en la cama. El BOXEADOR está de pie junto a la ventana, liando un cigarrillo)*
- BOXEADOR: Ha salido por la parte trasera de la casa.
- PATRONA: ¿Y qué está haciendo allí?
- BOXEADOR: Rebusca por el callejón, llamando al gato.
- (Se oye al HOMBRECILLO a lo lejos: «¡Nitchevo!»)*
- PATRONA: Inútil. Nunca lo encontrará. *(De repente se oyen gritos de júbilo. El BOXEADOR se asoma a la ventana y ríe entre dientes. Los rayos de luz oblicuos adquieren un matiz más cálido y suave. Se oye una música distante.)* ¿Qué pasa ahora?
- BOXEADOR: ¿Lo están celebrando?
- PATRONA: ¿Celebrando el qué?
- BOXEADOR *(Encendiendo el cigarrillo y poniendo un pie en el antepecho)*: El viejo chiflado de los bigotes ha encontrado al gato.
- PATRONA: ¿Que lo ha encontrado? ¿Quién dices que lo ha encontrado?
- BOXEADOR: El viejo, tu suegro.
- PATRONA: El viejo no puede haberlo encontrado. *(Se levanta lánguidamente y va hacia la ventana.)* ¿Cómo iba a poder encontrarlo? El viejo está ciego.
- BOXEADOR: Pues lo encontré. Y ahí van.

- (La PATRONA se asoma admirada a la ventana. El BOXEADOR le pasa el brazo por la cintura. La luz es dorada, la música es apagada y suave)*
- PATRONA: Bueno, bueno. Así que se van juntos. ¡La pareja más rara que se pueda imaginar!
- ¡La sombra de un hombre y un gato que se llama Nitchevo! Me alegro... ¡Adiós!
- (La música suena más fuerte y triunfante)*

Telón

El largo adiós

Personajes

JOE
MYRA
MADRE
SILVA
BILL
CUATRO MOZOS DE MUDANZAS

Apartamento F, tercer piso de la fachada sur de una casa de vecindad situada en un barrio deslavado de una gran ciudad del oeste medio de los Estados Unidos. Fuera pasan con estruendo los camiones por las sombrías calles y los niños juegan gritando en los patios que dan acceso a los sótanos, entre polvorientos muros de ladrillo rojo. A través de las ventanas de la fachada, en la pared de la izquierda, la luz de la media tarde se derrama sobre los tristes muebles de la habitación. Más allá de las ventanas está la puerta de entrada, y en el centro de la pared del fondo una puerta grande que da a un pasillo del apartamento, donde hay un teléfono sobre una repisa. En la pared de la derecha, una puerta da acceso a un dormitorio. Los muebles están ajados y en desorden, como si hubiesen presenciado la súbita desaparición de veinticinco años de vida furiosa, desesperada, entre ellos, y ahora sólo esperasen que los encargados de la mudanza se los llevarasen.

Del apartamento contiguo llega el sonido de una radio que retransmite el partido de beisbol desde el Parque de los Deportes. JOE, un muchacho de veintitrés años, está sentado a una mesa colocada junto a las ventanas repasando un manuscrito.

Tiene delante una máquina de escribir portátil en la que hay metida una página del manuscrito; en el suelo, junto a la mesa, una maleta muy estropeada. JOE lleva una camiseta y unos pantalones viejos. El ruido de la retransmisión le molesta y baja de golpe las ventanas, pero sigue oyéndose igual que antes. Se levanta, dirigiéndose a la puerta de la derecha, y cierra otras ventanas.

El sonido de la radio decrece y JOE vuelve, encendiendo un cigarrillo, con cara de mal humor. SILVA, un muchacho italiano, menudo, agraciado y simpático, abre la puerta de entrada y entra. Es de la edad de JOE. A modo de saludo hace una mueca y después se quita la camisa.

JOE: ¡Radios, partidos de beisbol! ¡Eso es lo que me impide escribir otra cosa que no sean porquerías!

SILVA: ¿Sigues con eso?

JOE: Toda la noche y todo el día.

SILVA: ¿Por qué?

JOE: Estaba nervioso. No podía dormir.

SILVA (*Echando una ojeada a la página metida en la máquina.*) Estás derrochando energía, chico... (*Se separa de la mesa y cruza la habitación.*) Y en mi modesta opinión, no vale la pena. Creía que te mudabas hoy.

JOE: Y me mudo. (*Se deja caer en la silla y tacha una línea. Después saca la hoja.*) Llama a los de la mudanza. Deberían estar aquí ya.

SILVA: ¿Sí? ¿Qué compañía es?

JOE: Guardamuebles Langan.

El largo adiós

SILVA: ¿Vas a meter estos trastos en un guardamuebles?

JOE: Sí.

SILVA: ¿Para qué? ¿Por qué no los vendes?

JOE: ¿Al traperero por cuatro perras?

SILVA: Meterlos en un guardamuebles te cuesta dinero. Si los vendes consigues unas perras para empezar.

JOE: ¿Empezar qué?

SILVA: Lo que vayas a empezar.

JOE: Conseguí algún dinero. El seguro de mi madre. Le di la mitad a Myra, ciento cincuenta para cada uno. ¿Sabes adónde me voy?

SILVA: No. ¿Adónde?

JOE: A Río. O a Buenos Aires. Estudié español en la escuela superior.

SILVA: ¿Y qué?

JOE: Conozco el idioma. Me irá bien.

SILVA: ¿Trabajando para la Standard Oil?

JOE: ¿Por qué no? Llama al guardamuebles.

SILVA (*Yendo hacia el teléfono*): Es mejor que te quedes aquí. Saca el dinero del Banco y continúa el proyecto.

JOE: No. No me quedo. Todo esto está muerto para mí. El pez rojo se ha muerto. Me olvidé de darle de comer.

SILVA (*Al teléfono*): ¿Lindell cero ciento veinticuatro... Guardamuebles Langan? Aquí es el apartamento Bassett. ¿Cómo no han venido todavía sus hombres?... ¡Ah! (*Cuelga el aparato.*) El camión está en camino. Junio es un mes de muchas mudanzas. Supongo que tienen mucho trabajo.

JOE: No debía haber dejado la pecera ahí al sol. Probablemente el pobre bicho se coció.

SILVA: Apesta.

(*SILVA coge la pecera*)

JOE: ¿Qué vas a hacer con él?

SILVA: Echarlo por el retrete.

JOE: Está cortada el agua.

SILVA: Oh, bueno.

(Sale por la puerta del dormitorio)

JOE: ¡Por qué distingue Dios entre el pez rojo y el gorrión! *(Ríe.)* No se respeta a los muertos.

SILVA *(Volviendo)*: Estás perdiendo tu conciencia social, Joe. ¡Deberías decir: «a menos que sean ricos»! Una vez leí que un millonario enterró a su canario muerto en un pequeño ataúd de oro tachonado de diamantes auténticos. Debíó ser un hermoso cuadro. Las plumas amarillas sobre el raso blanco, y las lágrimas del millonario cayendo como diamantes a la luz del sol... ¡Quizá habría un coro de niños cantando! Como la muerte en las películas. Que es siempre algo hermoso. Aun para un artista, yo diría que llevas el pelo demasiado largo. Moviendo un poco las caderas podrías pasar por una diablesa. ¿Un cigarrillo?

JOE: Gracias. ¡Dios!

SILVA: ¿Qué pasa?

JOE: ¿A qué te huele esto?

(Le da una página del manuscrito)

SILVA: Hmmm. Percibo un olorcillo a tocino frito.

JOE: ¿Repugnante?

SILVA: Bueno, no es lo mejor que has hecho. Sería preferible que continuases el Proyecto. Hemos acabado con la guía de la ciudad.

JOE: ¿Qué vais a escribir ahora?

SILVA: Dios bendiga a Harry L. Hopkins novecientas noventa y nueve veces. No... Conseguí un encargo interesante. Lo llamo «Fantasmas en el viejo Palacio de Justicia». La época en que se vendían allí esclavos... Esto es malo. Este parlamento de la chica: «Quiero tenerte dentro de mi cuerpo no solamente el tiempo que se

tarda en hacer el amor en una cama, entre el tintinear del hielo en el último vaso de whisky y el tintinear de la furgoneta de la leche...»
JOE *(Arrancándole la página de las manos)*: Debía estar lelo.

SILVA: ¡Debías estar caliente!

JOE: Lo estaba. El verano y el celibato no se combinan muy bien. Buenos Aires...

MOZO 1.º *(Desde la escalera)*: ¡Guardamuebles Langan!

JOE *(Yendo hacia la puerta)*: Aquí es. *(Abre la puerta y entran en tropel los cuatro corpulentos mozos de mudanzas, sudando, arrastrando los pies, mirando a su alrededor con miradas rápidas e indiferentes.)* Saquen primero lo de dentro, ¿eh, muchachos?

MOZO 1.º: De acuerdo.

SILVA: ¿Se suda, eh?

MOZO 2.º: Mucho.

MOZO 3.º *(Entrando al trote)*: «¡Estás lleno de ilusiones!» ¿Qué hora es, chico?

JOE: Las cuatro treinta y cinco.

MOZO 3.º: Tenemos que tomarnos hora y media cuando terminemos este trabajo. ¿Cómo acabó el partido?

JOE: No sé

(Les mira entristecido)

MOZO 2.º: ¿Y a ti qué, novato? ¡Muévete! *(Rien y salen por el pasillo del fondo. Después se les oye desarmar una cama)*

SILVA *(Advirtiendo la melancolía de JOE)*: Vámonos de aquí. Es deprimente.

JOE: Tengo que cuidar de los trastos.

SILVA: Vamos a tomar una cerveza. Han abierto un bar en Laclede donde te dan una jarra por diez centavos.

JOE: Espera un poco, Silva.

SILVA: Bueno.

(*Pasan los MOZOS con las piezas de una cama.*

JOE *los mira, inmóvil, con el rostro contraído*)

JOE: Esa es la cama en que yo nací.

SILVA: ¡Por Dios! ¡Y mira cómo la tratan..., como si fuera una cama corriente!

JOE: Myra también nació en esa cama. (*Los MOZOS salen por la puerta.*) En ella murió mi madre.

SILVA: ¿Sí? Fue muy rápido para ser cáncer. La mayoría resiste más tiempo y tiene unos dolores infernales.

JOE: Ella se suicidó. Encontré el frasco vacío aquella mañana en una papelería. No era el dolor lo que la asustaba, sino las cuentas del médico y del hospital. Quería que cobráramos el seguro.

SILVA: No lo sabía.

JOE: No. Guardamos el secreto... ella, yo y el médico. Myra nunca lo supo.

SILVA: ¿Dónde está Myra ahora?

JOE: La última vez que supe de ella, en Detroit. Recibí una tarjeta. Aquí está.

SILVA: Una fotografía del Club Náutico. ¿Qué está haciendo..., deportes náuticos?

JOE (*Malhumorado*): No, no sé lo que está haciendo. ¿Cómo voy a saberlo?

SILVA: ¿No lo dice? (*JOE no responde.*) Era una chiquilla realmente encantadora... hasta que de pronto...

JOE: Sí. Todo se desbarató cuando murió mamá.

SILVA (*Cogiendo una revista*): ¡Revistas baratas! No me extraña que le hagas ascos al Proyecto. ¡Hemingway! ¿Sabes que tiene un estilo muy fluido? (*JOE se pone de pie como extasiado cuando los MOZOS pasan hacia el fondo.*) Ha estado con las fuerzas leales en España. Luchando en las trincheras del frente, según dicen. ¡Y toda-

vía hay críticos que dicen que lleva un postizo en el pecho! ¡Reaccionarios!

(*SILVA se pone a leer. MYRA entra silenciosamente en la habitación. Joven, radiante, con el vibrante atractivo que le da el recuerdo*)

JOE: ¿Sales esta noche, Myra?

MYRA: Ajá.

JOE: ¿Con quién?

MYRA: Con Bill.

JOE: ¿Quién es Bill?

MYRA: Un tipo que conocí en el concurso de natación del Club Bellerive.

JOE: No creo que una piscina sea el lugar más adecuado para escoger a los chicos con quienes sales, Myra.

MYRA: Claro que lo es. Siempre que se esté bien en traje de baño. (*Se quita el quimono.*) Tráeme mi traje de vestir blanco. No, más vale que vaya yo. Te sudan las manos.

(*Sale por la puerta del dormitorio*)

JOE: ¿Qué fue de Dave y Hugh White y de aquel..., aquel chico de Kansas City?

MYRA (*Vuelve vestida con un traje de fiesta blanco*): ¿Quién? ¿Aquéllos? Dios mío, no lo sé. Mira. Engánchame esto.

JOE: Creo que lo que tienes en el corazón es una puerta giratoria.

MYRA: Ya. La radio es una gran institución, ¿eh, Joe? (*Cepillándose rápidamente el pelo.*) Estoy tan harta de la radio. Papá la tiene puesta todo el tiempo. Se me encoge el alma de verlo. Siempre ahí sentado, ahí sentado, ahí sentado. No dice ni palabra ya nunca.

JOE: Deberías esforzarte por hablar un poco mejor.

MYRA: Demonios, no soy un ratón de biblioteca. ¿Qué tal?

JOE: Muy elegante. ¿Dónde vas?

MYRA: Chase Roof. Bill no es ningún roñoso. Su gente tiene la plata a espuestas. Viven allá en Huntleigh..., cerca de Ladue. Bendito Dios. Está..., ¡caray! ¡Abre esa ventana! ¿Está nublado?

JOE: No. Claro como el cristal.

MYRA: Eso está bien. ¡Bailar bajo las estrellas! (Suena el timbre.) Es él. Ve a la puerta. (JOE mira a la puerta cuando entra BILL)

JOE: ¿Por qué ir a Suiza, eh?

BILL: ¿Qué? (Ríe con indiferencia.) Oh, sí. ¿Está lista?

JOE: Siéntese. Saldrá en seguida.

BILL: Muy bien.

JOE (Quitando periódicos del sofá): Ya ve, leemos los periódicos. Estamos al tanto de la actualidad. ¿La página de deportes?

BILL: No, gracias.

JOE: Los Cards ganaron un partido doble. Joe Mewick hizo una carrera completa de un solo golpe con dos hombres en el segundo. ¿Los chistes?

BILL: No, gracias. Ya he visto los periódicos.

JOE: Oh. Pensé que quizá no había podido. Como es tan temprano...

BILL: Son las nueve menos cuarto.

JOE: ¿Es rara, verdad?

BILL: ¿Qué?

JOE: La lámpara. Creí que estaba mirándola.

BILL: No me había fijado.

JOE: Siempre me recuerda un poco la sopa de champiñón. (BILL le mira sin un asomo de sonrisa.) Me ha dicho Myra que vive usted en Huntleigh.

BILL: ¿Sí?

JOE: Debe ser muy agradable aquello. En verano.

BILL: A nosotros nos gusta. (Se pone de pie.)

Oiga, ¿no podría dar a su hermanita un tercer aviso o lo que haga falta?

JOE: Saldrá cuando esté lista.

BILL: Eso es lo que me temo.

JOE: ¿Es la primera vez que sale con una muchacha, Bill?

BILL: ¿Qué quiere usted decir?

BILL: Según mi experiencia, las chicas no siempre salen disparadas de su tocador en el momento mismo en que el chico pasa a recogerlas.

BILL: ¿No? Pero yo creía que de una campeona de natación se podría esperar más velocidad. (Llamándola.) ¡Eh! ¡Myra!

MYRA (Mira a la pared como si fuera un espejo): ¡Sí, Bill, salgo ahora mismo!

JOE: ¿Quiere disculparme?

BILL: Oh, sí.

JOE (Mirando a MYRA): Este Bill tuyo es un hijo de puta. Si sigo un minuto más con él le cruzo la cara.

MYRA: Entonces vale más que no estés con él, porque me gusta. ¿Qué vas a hacer esta noche, Joe?

JOE: Quedarme en casa y escribir.

MYRA: Te quedas en casa y escribes demasiado. ¿Estás sin blanca? Aquí tienes un dólar. Llama a esa chica que escribe versos, Doris. Tiene que salirle un buen soneto bajo las influencias oportunas. Demonio..., no voy a ponerme medias. ¡Voy, Bill! ¡Mírame el cuello por detrás! ¿Está sucio? ¡Dios! (Se perfuma.) Hay que bañarse tres veces al día para estar limpia con este tiempo. Doris. ¿Se llama así? ¡Apuesto a que podrías conseguirla sin gran esfuerzo!

JOE: Myra. No hables así.

MYRA: ¡Qué pelma eres!

JOE: No, no suena bien en una chiquilla de tu edad.

MYRA: ¡Tengo el doble de años que tú! ¡Adiós, Joe!

JOE: Adiós, Myra.

MYRA (*Se vuelve hacia BILL con una sonrisa deslumbradora*): ¡Hola, querido!

BILL: Hola. Salgamos de este horno.

MYRA: Sí.

(*Entran los MOZOS con una cómoda*)

(*Salen*)

MOZO 1.º: Despacio.

MOZO 2.º: ¿La tienes?

MOZO 1.º: Sí. ¿Quién fue el cabrón que cerró esa puerta?

JOE: Yo la abriré. Cuidado al bajar esas escaleras.

SILVA (*Levantando los ojos de la revista*): Un espejo roto son siete años de mala suerte.

JOE: ¿Es verdad eso? La cigüeña debió dejarnos caer sobre un montón de ellos cuando nacimos. ¿Qué tal es el cuento?

SILVA: Buen material.

JOE (*Mirando el título*): La mariposa y el tanque. Ese lo he leído.

VOZ DE NIÑO (*Desde la calle*): ¡Ratón, que te pillar el gato; ratón, que te va a pillar!

JOE (*Pensativo*): Ratón, que te pillar el gato... ¿Nunca jugaste a ese juego?

SILVA: No. En nuestro barrio los chiquillos que juegan así son maricas.

JOE: Nosotros jugábamos a eso. Myra y yo. Subiendo y bajando por las escalerillas de incendios, entrando y saliendo en los sótanos... ¡Dios! ¡Qué bien lo pasábamos! ¿Qué les pasa a los niños cuando crecen?

SILVA: Que crecen.

(*Pasa una página*)

JOE: Sí, crecen.

(*Se eleva en el silencio el ruido de unos patines en la acera, a medida que se desvanece la luz. Sólo queda iluminada con un foco la puerta que da acceso al dormitorio*)

MADRE (*Con voz suave, desde el dormitorio*): ¿Joe? ¡Oh, Joe!

JOE: ¿Sí, madre?

(*Aparece en la puerta la MADRE, una mujer menuda, gastada, envuelta en una bata deslucida y con una expresión preocupada y confusa*)

MADRE: ¿Joe, no te acuestas?

JOE: Sí. En seguida.

MADRE: Creo que ya has escrito bastante esta noche, Joe.

JOE: Estoy terminando. Sólo quiero acabar esta frase.

MADRE: Myra no ha vuelto aún.

JOE: Fue al Chase Roof.

MADRE: ¿No podrías ir con ella alguna vez? ¿Conoces a los chicos con quienes sale?

JOE: No, no puedo entrometerme en sus relaciones. Demonios, si tuviera un empleo no podría pagar propinas por todos los que salen con ella.

MADRE: Me tiene preocupada.

JOE: ¿Por qué? Ella dice que es mayor que yo, mamá, y creo que tiene razón.

MADRE: No, no es más que una niña. Háblale, Joe.

JOE: De acuerdo.

MADRE: Siento que se haya colocado, Joe. Debía haber seguido estudiando en la escuela superior.

JOE: Ella quería cosas..., dinero, trajes..., no puedes censurarla. ¿Ha salido papá?

MADRE: Sí... Ha dejado la natación.

JOE: La echaron del equipo Lorelei.

MADRE: ¿Por qué, Joe?

JOE: Nunca respetaba las normas de entrenamiento. Qué demonio, yo no puedo atajarla.

MADRE: A ti te escucha.

JOE: No mucho.

MADRE: Joe...

JOE: ¿Sí?

MADRE: Joe, me ha vuelto otra vez, Joe.

JOE (*Volviéndose lentamente hacia ella*): ¿Qué?

MADRE: La operación no sirvió de nada. ¡Y con lo que nos costó, Joe! ¡Las cuentas todavía sin pagar!

JOE: Madre, ¿qué te hace pensar eso?

MADRE: Me empezó otra vez el mismo dolor.

JOE: ¿Cuándo?

MADRE: Hace ya algún tiempo.

JOE: ¿Por qué no...?

MADRE: Joe..., ¿para qué?

JOE: ¡Puede que... no sea lo que tú creés! Tienes que volver. ¡Para que te reconozcan, mamá!

MADRE: No. Así es como yo lo veo, Joe. Así. Nunca me han gustado las apreturas. Siempre he deseado tener espacio a mi alrededor, mucho espacio, vivir en el campo, en lo alto de una colina. Nací en el campo, me crié en él y en estos últimos años lo he echado de menos muchísimo.

JOE: Sí. Lo sé. (*Ahora habla para sí.*) Aquellos paseos en coche por el campo, los domingos por la tarde, con el sol dorado, ya bajo, a través de un huerto, las sombras torcidas, la vieja casa ruïnosa, azotada por el viento, vacía, ladeada, y tú señalándola, asomada a la ventanilla del coche, tratando de hacer parar a papá...

MADRE: ¡Mira! ¡Aquella casa está en venta! ¡Debe ser barata! ¡Veinte acres de manzanas, un gallinero y, mira, un hermoso granero! ¡Está estropeada ahora, pero no costaría mucho repararla! ¡Para, Floyd, ve despacio por aquí!

JOE: ¡Pero él pasaba de prisa, no quería mirar, no quería escuchar! La cerca desaparecía como una flecha y se elevaba un muro de piedra que ocultaba el sol por un momento. Tu cara se ensombrecía, madre, tu cara expresaba desesperanza, como si estuvieras muriéndote de deseos

por algo que habías visto y casi tenido en las manos, pero sin llegar a conseguirlo. Y el coche paraba frente a un puesto de la carretera. «Necesitamos huevos.» Veinticinco centavos, treinta y cinco..., le pedías cinco centavos a papá. Y el sol estaba ya muy bajo, caía oblicuamente sobre los campos invernales, y el aire era frío...

MADRE: Para algunas personas la muerte significa estar metido en una caja bajo tierra. Pero para mí no. Para mí es lo contrario, Joe, es salir de una caja. Y subir, no bajar. Yo no creo en el cielo. Nunca he creído. Pero pienso que allá tiene que haber mucho espacio, y no habrá que pagar el alquiler a primeros de mes a un viejo holandés avaro que protesta si se gasta mucha agua. Habrá libertad, Joe, y la libertad es lo más grande que hay en la vida. Es curioso que algunos de nosotros no la consigamos hasta después de morir. Pero así es, y no hay más remedio que aceptarlo. Lo que más me cuesta es no dejar las cosas arregladas. Me gustaría tener una seguridad, una idea clara de lo que vais a hacer, de cómo os saldrán las cosas... ¡Joe!

JOE: ¿Sí?

MADRE: ¿Qué harías con trescientos dólares?

JOE: No voy a pensar en eso.

MADRE: Quiero que lo pienses, Joe. La póliza está a tu nombre. Está guardada en el cajón de la derecha del tocador, doblada debajo de la caja de pañuelos y...

(*Su voz se debilita y entran dos de los MOZOS con una lámpara de pie*)

JOE (*Acclarando la garganta*): ¿Dónde está la pantalla de esa lámpara?

(*La MADRE se desliza en silencio hacia afuera al iluminarse la escena*)

MOZO 1.º: Ahora viene.

(Da un pequeño golpe a la lámpara contra la pared)

JOE: ¡Maldita sea! ¿Por qué no mira lo que hace?

MOZO 2.º: ¿Qué mosca le ha picado?

MOZO 1.º: Oiga, amigo...

JOE: ¡No les importan nada las cosas de los demás! ¡Las tratan de cualquier manera!

SILVA *(Levantando los ojos de la revista)*: Joe, no te pongas así, no van a estropear esos trastos.

JOE: ¡No van a estropearlos, no!

MOZO 1.º: ¿Estropearlos? M...

(Los dos MOZOS ríen al salir)

SILVA: Si te rompen algo, te lo pagan.

MOZO 3.º *(Entrando con unas cajas de cartón)*: ¿Qué hay en estas cajas?

JOE: Porcelana. Cosas de cristal. De modo que no vaya traqueteándolas por ahí como...

SILVA: Joe, vámonos de aquí. No puedo concentrarme en un cuento con todo este barullo. De todos modos, ¿qué haces quedándote aquí? No seas irracional. Sólo consigues... sentirte deprimido, ¿no es cierto?

JOE: Vete tú si quieres. Yo tengo que esperar aquí.

MOZO 4.º *(Entrando con un puñado de frascos)*: En aquella cómoda había unos frascos de perfume y tarros de crema vacíos..., ¿los quiere usted o no?

JOE: Déjelos aquí, en el suelo.

(El 4.º MOZO coge una silla de la habitación y sale por la puerta que da a la escalera. JOE examina las cosas que ha dejado en el suelo. Destapa un frasco de perfume y lo huele. La habitación se oscurece de nuevo y queda iluminada por un foco la puerta de entrada. Se oye la voz de MYRA en la escalera.)

MYRA: Bill, lo he pasado estupendamente.

BILL: ¿Eso es todo?... No hay luz. Están todos en la cama.

(JOE se levanta y se endereza, atento)

MYRA *(Apareciendo en el umbral)*: La luz de Joe está encendida aún.

BILL: Callandito, nena. No tenemos por qué hacer ningún ruido. ¡Yo soy una boquita chiquitita!

MYRA *(Besándole)*: Sí, y tienes que irte a casa.

BILL: Acércate más. ¡Mmmm!

MYRA: ¡Bill!

BILL: ¿Qué pasa? ¿No eres la pequeña campeona de natación y salto de Saint Louis?

MYRA: ¿Y qué?

BILL: Bueno, yo también tengo una buena brazada... fuera del agua.

MYRA: Cállate. Quiero irme a la cama.

BILL: Yo también.

MYRA: Buenas noches.

BILL: ¡Escucha!

MYRA: ¿Qué?

BILL: Yo salgo con niñas bien, de la buena sociedad.

MYRA: ¿Y qué?

BILL: Nada. Excepto que...

MYRA: ¿Cómo tengo que tomar esas palabras?

BILL: Muy bien. Te lo diré. Yo acepto el: «Buenas noches, lo he pasado estupendamente» de la reina de las fiestas. Pero cuando chicas como tú pretenden hacerme tragar...

JOE *(Entrando en la zona iluminada por el foco)*: ¡Fuera!

BILL: ¡Ah! Es el hermano mayor. Creí que estaría ya durmiendo.

JOE: Fuera, canalla...

MYRA: ¡Joe!

JOE: ¡Antes de que te sacuda!

(BILL ríe débilmente y sale)

MYRA: Tenías razón. No vale nada. (JOE la mira.)
Joe, ¿qué quieren decir con eso de «chicas como tú?»

JOE (*Inclinándose lentamente y cogiendo del suelo un pequeño objeto*): Supongo que se refieren a... esto.

MYRA (*Sin mirar*): ¿Qué?

JOE: Una cosa que... se le cayó del bolsillo.

MYRA (*Deprimida*): ¡Oh! (*Alzando la voz*) Joe, no quiero que pienses que yo...

JOE: Cállate... Madre está enferma.

MYRA (*Excitada*): ¡Oh, lo sé, lo sé, todo es pura porquería! ¡El Chase Roof, bailar bajo las estrellas...! Y luego, de vuelta a casa, vomitando sobre el lateral del coche..., ¡vomitando! Y después para en el parque y trata de... ¡Oh, Dios, yo quiero divertirme! ¿No crearás que me divierto mucho cosiendo gafetes en las fajas, allá en Werber & Jacobs? ¡Por las noches quiero salir, Joe, quiero ir a sitios, pasarlo bien! ¡Pero no quiero que individuos como ése me soben! ¡Me dan más asco que si fueran cucarachas!

JOE: ¡Cállate!

MADRE (*Débilmente, desde otra habitación*): Joe... Myra...

(*Se oye un gemido*)

MYRA (*Asustada*): ¿Qué es eso?

JOE: Madre. Está enferma, está... (MYRA sale corriendo por la puerta de entrada y se encienden de nuevo las luces.) ¡Muerta!

SILVA: ¿Qué?

JOE: Nada. ¿Quieres un poco de perfume?

SILVA: ¿Qué clase de perfume?

JOE: Clavel.

SILVA: No. Me ofende la sugerencia.
(*Entran de nuevo los MOZOS*)

MOZO 1.º (*Al 3.º*): Deja de zascandilear por ahí en lugar de trabajar. Coge las alfombras.

MOZO 3.º: Bien, jefe. Debían haber puesto a un suplente con garra. Meighan o Flowers.

MOZO 2.º: ¿Flowers? No le da ni a un elefante. Agarra un extremo del sofá. ¡Hop!

MOZO 4.º: Col para cenar en el piso de al lado.

VOZ DE MUJER (*Llamando quejumbrosa desde la calle*): ¡May-zeeee! ¡Oh, May-zeeee!

MOZO 3.º: En aquel partido de Chicago...

(*Los MOZOS sacan el sofá y otros muebles por la puerta de entrada. JOE descuelga una fotografía de la pared*)

SILVA (*Levantando la vista*): Myra, ¿eh?

JOE: Una que salió en huecograbado, una vez que batió un récord en los relevos del Valle del Mississippi.

SILVA (*Cogiendo la fotografía*): ¿Tenía buen tipo, eh?

JOE: Sí.

SILVA: ¿Qué es lo que hace que una chica cambie de ese modo?

JOE: ¿De qué modo?

SILVA: Ya sabes.

JOE: ¡No, yo no sé nada! ¿Por qué no te largas de aquí y me dejas solo?

SILVA: Porque no quiero. Porque estoy leyendo un cuento. Porque creo que estás chiflado.

JOE: ¿Sí? Dame esa foto.

(*Se inclina sobre su maleta para guardar la fotografía con sus cosas, y en ese momento la luz se debilita un poco y entra MYRA. Su aspecto es notablemente más vulgar y artificial. Lleva una negligée que no puede haber comprado con su sueldo mensual*)

MYRA: Me gustaría que no trajeses aquí a ese italiano.

JOE: ¿Silva?

(*Poniéndose de pie*)

MYRA: Sí. No me gusta como me mira.

JOE: ¿Te mira?

MYRA: Sí. Es igual que si estuviera desnuda delante de él, por la forma que tiene de mirarme. (JOE *ríe agríamente.*) ¿Crees tiene gracia que me mire así?

JOE: Sí que la tiene.

MYRA: Mi sentido de lo cómico no coincide exactamente con el tuyo.

JOE (*Mirándola*): Te estás volviendo excesivamente tímida..., protestando porque los chicos te miran.

MYRA: Bueno, ese tipo es repulsivo.

JOE: ¿Porque no vive por Ladue?

MYRA: No. Porque no se baña.

JOE: Eso no es verdad. Silva se ducha todas las mañanas en el local del partido.

MYRA: ¡En el local del partido! Más valdría que trataras de relacionarte con personas que te hicieran algún bien, y no con... italianos radicales, y negros y...

JOE: ¡Cállate! Dios mío, te estás volviendo vulgar. El esnobismo es siempre el primer síntoma. ¡Nunca he conocido un *snob* que no fuese de una vulgaridad aplastante!

MYRA: ¿Es esnobismo no soportar a la gente puerca?

JOE: ¡Gente puerca es ésa con la que tú vas por ahí! ¡Carcamales metidos en trajes de cincuenta dólares con llagas purulentas en el cogote! ¡Deberías hacerte un análisis de sangre!

MYRA: ¡Tú..., tú... no puedes insultarme de ese modo! Voy a llamar a papá... a decirle que...

JOE: Yo tenía esperanzas puestas en ti, Myra, pero ya no las tengo. Bajas por el tobogán como un cerdo bien cebado. Mírate al espejo. ¿Por

qué te mira Silva como te mira? ¿Por qué silbó el chico de los periódicos cuando pasaste por delante de él anoche? Porque pareces una fulana..., una fulana barata, Myra, una que él podría conseguir por cuatro perras. (*Ella le mira, pasmada, pero no responde inmediatamente*)

MYRA (*Despacio*): Nunca me hubieras dicho una cosa así... si viviera mamá.

JOE: No. Si viviera mamá no estarías como estás. O no te hubieras quedado aquí en la casa.

MYRA: ¿En la casa? Esto no es una casa. ¡Son cinco habitaciones y un baño, y yo voy a largarme lo antes que pueda, lo digo en serio! ¡No voy a danzar por aquí, entre un puñado de lunáticos de pelos largos que te desnudan con los ojos, y encima que me llamen... cosas feas!

JOE: ¡Si mi hermana fuera honesta..., yo mataría a cualquiera que se atreviera a mirarla así!

MYRA: Tú precisamente puedes hablar... Tú, que no haces más que holgazanear el día entero, escribiendo porquerías que nadie lee. ¡Nunca haces nada, nada, no ganas un centavo! ¡Yo que papá... te echaría de aquí a patadas antes de... Aaaah!

(*Se vuelve haciendo un gesto de disgusto*)

JOE: Quizá no sea necesario.

MYRA: ¿Ah, no? Vienes diciendo eso no sé cuánto tiempo. ¡Para sacarte a ti de aquí tendrán que sacar primero hasta la última silla!

(*Se ríe y sale. La escena se ilumina de nuevo*)

JOE (*Para sí*): Sí... (*Vuelven los MOZOS 1.º y 2.º y empiezan a enrollar la alfombra. JOE les observa y después habla en voz alta.*) Hasta la última silla antes que yo salga.

(*Ríe*)

SILVA: ¿Qué?

JOE: Recibí una postal suya la semana pasada.

SILVA: ¿De quién?

JOE: De Myra.

SILVA: Sí, ya me lo dijiste. (*Deja a un lado la revista.*) Me pregunto dónde estará tu padre.

JOE: Dios. No lo sé.

SILVA: Es curioso que un viejo como él deje su empleo y se largue sin más ni más Dios sabe adónde..., después de cincuenta... o cincuenta y cinco años de llevar una vida ordenada de clase media.

JOE: Supongo que se cansó de vivir una vida ordenada de clase media.

SILVA: Cuando lo veía ahí sentado en ese butacón por las noches me preguntaba en qué pensaría. (*Han vuelto a entrar los MOZOS 3.º y 4.º y ahora se llevan el butacón.* JOE quita de encima su camisa cuando pasan junto a él y se la pone despacio)

JOE: Yo también me lo preguntaba. Y sigo preguntándomelo. Jamás abría la boca.

SILVA: ¿No?

JOE: Siempre ahí sentado, ahí sentado, noche tras noche, noche tras noche. Bueno, ya se fue, todos se fueron.

SILVA (*En otro tono*): Más vale que te vayas tú también.

JOE: ¿Por qué no te adelantas tú y me esperas, Silva? No tardo nada.

SILVA: Porque no me gusta como te estás comportando, y por alguna maldita razón me siento responsable de ti. Podría darte la idea de hacer el Steve Brody y tirarte por una de esas ventanas.

JOE (*Con una risa brusca*): Por Dios, ¿a santo de qué iba yo a hacer eso?

SILVA: Porque tu estado de ánimo es anormal. He estado observándote. Miras al vacío como si se te hubiera aflojado algo en la cabeza. Sé lo que

estás haciendo. Experimentas un placer morboso viendo sacar de aquí estos trastos viejos, igual que lo experimentan algunos toxicómanos rondando por un cementerio después de enterrar a alguien. Esta casa está muerta, Joe. No puedes hacer nada. (*Lejos, al final de la manzana, ha empezado a sonar un organillo lanzando al aire un viejo blues de diez o quince años atrás. Se aproxima poco a poco, con una alegría melancólica, hasta el final de la obra.*) Escribe sobre ello algún día. Llámalo: «Elegía a un piso vacío». ¡Pero ahora mi consejo es que salgas de aquí y te emborraches! Porque el mundo sigue andando. Y tú tienes que seguir andando con él.

JOE: Pero no tan de prisa que no pueda siquiera decir adiós.

SILVA: ¿Adiós? ¡No está en mi vocabulario! «HOLA» es la palabra de hoy.

JOE: Te engañas a ti mismo. Estás diciendo adiós constantemente, en cada minuto de tu vida. Porque la vida es eso, ¡un largo, largo adiós! (*Con intensidad casi de sollozo.*) ¡Una cosa tras otra! Hasta que llegues a la última, Silva, y entonces... ¡adiós a ti mismo! (*Se vuelve bruscamente hacia la ventana.*) ¡Vete ya, vete y déjame solo!

SILVA: Como quieras. Pero creo que estás llorando y me pone enfermo. (*Empieza a ponerse la camisa.*) Te veré en el Weston, si es que todavía veo. (*Sonriendo forzosamente.*) Recuerda, chico, lo que dijo Sócrates: «¡La cicuta no es un buen sustitutivo de una jarra de cerveza!» (*Ríe y se pone el sombrero.*) Hasta luego. (*SILVA sale, dejando a JOE en la habitación vacía. Las manchas amarillentas en las paredes, el papel despegado y roto, con su monótono dibujo, la estrambótica fealdad de la lámpara,*

se destacan ahora con cruel relieve. La luz que entra por las ventanas es clara y descolorida como una limonada aguada y se oye el zumbido de una mosca cuando cesa la música del organillo. Vuelve a sonar la melodía y queda ahogada por el ruido del camión de mudanzas al arrancar, que se desvanece rápidamente. JOE se dirige lentamente a las ventanas)

VOZ DE NIÑO (*Gritando en la calle*): ...tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez... ¡Ya vaaaaleee! (*JOE pasea lentamente la mirada por la habitación. Todo su cuerpo se contrae en un espasmo de dolor nostálgico. Después sonríe sin ganas, coge su maleta y va hacia la puerta. Se lleva la mano a la frente en un saludo burlón a la habitación vacía, se mete la mano en el bolsillo y sale despacio.*) ¡Ya vaaaaleeee! (*Suben hasta la habitación risas y gritos dispersos. Se va perdiendo la música y baja despacio el*

Telón

Háblame como la lluvia y déjame escuchar...

Personajes

HOMBRE
MUJER
VOZ DE NIÑO

Una habitación amueblada al oeste de la Octava Avenida en la zona central de Manhattan. En una cama plegable está echado un HOMBRE vestido con una camiseta arrugada, despertándose con los suspiros de quien se acostó muy borracho. Una MUJER está sentada en una silla junto a la única ventana de la habitación, vagamente delineado su perfil sobre un cielo preñado de lluvia que todavía no ha comenzado a caer. La MUJER tiene en la mano un vaso de agua que va bebiendo a pequeños sorbos, a sacudidas, como bebería un pájaro. Los rostros de ambos son jóvenes y desmedrados, como los rostros de los niños en un país donde hay hambre. Se hablan con una especie de cortesía, una especie de formalidad afectuosa como la de dos niños solitarios que quieren ser amigos; y, sin embargo, dan la impresión de haber vivido juntos durante mucho tiempo, y de que la presente escena entre ellos es la repetición de una escena tantas veces vivida que

su contenido emocional plausible, como el reproche y el arrepentimiento, está totalmente gastado, y no queda nada más que la aceptación de algo irremediabilmente inalterable entre ellos.

HOMBRE (*Con voz bronca*): ¿Qué hora es? (*La*

MUJER *murmura algo inaudible.*) ¿Qué, cariño?

MUJER: Domingo.

HOMBRE: Ya sé que hoy es domingo. Nunca das cuerda al reloj.

(*La MUJER alarga el brazo, un brazo desnudo y delgado que sale de la deshilachada manga de su quimono de seda rosa y coge el vaso de agua, cuyo peso parece inclinarla un poco hacia delante. Desde la cama el HOMBRE la observa muy serio, con ternura, mientras ella bebe agua. Empieza a oírse una música tenue, vacilante, con una frase que se repite varias veces, como si en la habitación contigua alguien estuviese tratando de recordar una canción en una mandolina. A veces se oye cantar una frase en español. La canción podría ser Estrellita. Empieza a llover; a lo largo de la obra cesa y se reanuda la lluvia varias veces. Una bandada de palomas pasa aleteando junto a la ventana y se oye la voz de un niño que canta fuera...*)

VOZ DE NIÑO: Lluvia, lluvia, vete y vuelve otro día.

(*Otro niño repite la canción en son de burla más lejos.*)

HOMBRE (*Por fin*): Me pregunto si cobré el cheque del seguro de paro. (*La MUJER se inclina hacia delante como si le pesara el vaso de agua; lo deja en el reborde de la ventana con un pequeño chasquido que parece asustarla. Ríe, jadeando, por unos momentos. El HOMBRE continúa, sin mucha esperanza.*) Espero no haber cobrado mi cheque. ¿Dónde está mi traje? Mira en los bolsillos, a ver si lo llevaba encima.

Háblame como la lluvia...

MUJER: Volviste mientras yo estaba en la calle buscándote, y cogiste el cheque y dejaste sobre la cama una nota que no pude descifrar.

HOMBRE: ¿No pudiste descifrar la nota?

MUJER: Sólo un número de teléfono. Llamé, pero había tanto ruido que no entendí nada.

HOMBRE: ¿Ruido? ¿Aquí?

MUJER: No, allí.

HOMBRE: ¿Dónde era «allí»?

MUJER: No lo sé. Alguien me dijo que fuera y cogió; y después ya sólo daba la señal de comunicar...

HOMBRE: Cuando me desperté estaba en una bañera llena de cubitos de hielo medio derretidos y de cerveza High Life de Miller. Tenía la piel azul. Estaba ahogándome en una bañera llena de cubitos de hielo. Era cerca de un río, pero no sé si era el río Este o el Hudson. En esta ciudad le hacen a uno cosas terribles cuando está inconsciente. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran tirado a puntapiés por una escalera. No como si me hubiera caído, sino como si me hubieran dado puntapiés. Una vez recuerdo que me afeitaron la cabeza. Otra vez me metieron en un cubo de basura que había en un callejón, y salí de allí con cortes y quemaduras en todo el cuerpo. La gente depravada abusa de uno cuando se está inconsciente. Cuando desperté estaba desnudo en una bañera llena de cubitos de hielo medio derretidos. Salí de allí arrastrándome y fui al salón, y al entrar yo alguien salía por la otra puerta, y yo abrí la puerta y oí cerrarse la del ascensor y vi las puertas de un pasillo de un hotel. Estaba puesta la televisión y al mismo tiempo sonaba un disco; el salón estaba lleno de mesas de ruedas cargadas de cosas que debían haber subido los camareros del hotel, y jamones ente-

ros, pavos enteros, sandwiches de tres pisos, fríos, que se estaban poniendo secos, y botellas, y botellas, y más botellas de toda clase de bebidas, que ni siquiera se habían abierto, y recipientes con cubitos derritiéndose. Alguien cerró una puerta al entrar yo... (La MUJER toma sorbos de agua.) Cuando entré alguien se marchaba. Oí cerrarse una puerta y fui a la puerta y oí la puerta de un ascensor cerrarse... (La MUJER deja el vaso.) Por el suelo de aquel apartamento junto al río..., cosas, ropas... esparcidas... (La MUJER se sobresalta un poco al pasar junto a la ventana abierta una bandada de palomas) Sostenes..., pantalones..., camisas, corbatas, calcetines... y muchas cosas más...

MUJER (Débilmente): ¿Ropas?

HOMBRE: Sí, toda clase de prendas personales, y vidrios rotos, y muebles volcados como si hubiese habido allí un zafarrancho general y hubiese entrado en el apartamento... la Policía...

MUJER: ¡Oh!

HOMBRE: Debió haber una lucha violenta... allí...

MUJER: ¿Tú estabas...?

HOMBRE: En la bañera, entre... el hielo...

MUJER: Oh...

HOMBRE: Y recuerdo que cogí el teléfono para preguntar qué hotel era, pero no recuerdo si me lo dijeron o no... Dame un sorbo de ese agua. (Ambos se levantan y se encuentran en el centro de la habitación. Se pasan muy serios el vaso de uno a otro. El se enjuaga la boca, mirándola gravemente, y cruza la habitación para escupir por la ventana. Después regresa al centro de la habitación y le devuelve a ella el vaso. Ella toma un sorbo de agua. El pone sus dedos con ternura sobre el largo cuello de ella.) Ya he recitado la letanía de mis desgracias. (Pausa. Se oye la mandolina.) Y tú, ¿no tienes nada

que contarme? Háblame, dime algo de lo que pasa detrás de tu... (Sus dedos recorren la frente y los ojos de ella. Ella cierra los ojos y levanta una mano como para tocarle. El le coge la mano y la mira volviéndola, y después oprime los dedos contra sus labios. Cuando se la suelta ella le roza con los dedos. Acaricia su pecho delgado y liso, como el de un niño, y luego sus labios. El levanta la mano y desliza sus dedos por el cuello y el escote de su quimono a medida que se afirma el sonido de la mandolina. Ella se vuelve y se apoya en él, reclinando la cabeza en su hombro; y él sigue recorriendo con los dedos la curva de su cuello y dice): Hace tanto tiempo que no estamos juntos de verdad. Vivimos juntos como dos extraños. Encontrémonos y quizá no nos perdamos. ¡Háblame! ¡Yo he estado perdido!... Pensaba mucho en ti, pero no podía llamarte, cariño. Pensaba en ti todo el tiempo, pero no podía llamar. ¿Qué iba a decir si llamaba? ¿Iba a decir, estoy perdido? ¿Perdido en la ciudad? ¿Circulando como una tarjeta sucia entre la gente? Y después colgar... Me siento perdido en esta... ciudad.

MUJER: ¡Desde que te fuiste no he tomado más que agua! (Lo dice casi alegremente, riéndose de lo que dice. El HOMBRE la estrecha contra sí con un gemido suave, emocionado.) ¡Nada más que café en polvo, hasta que se acabó, y agua! (Ríe convulsivamente)

HOMBRE: ¿Puedes hablarme, cariño? ¿Puedes hablarme ya?

MUJER: ¡Sí!

HOMBRE: Pues háblame como la lluvia y... déjame escuchar, déjame estar ahí echado y escuchar... (Se tumba en la cama y se da la vuelta, quedando boca abajo, con un brazo colgando por

un lado de la cama y golpeando de cuando en cuando el suelo con los nudillos. La mandolina continúa.) Hace demasiado tiempo que no hablamos... abierta y claramente. Cuéntame cosas. ¿Qué has estado pensando en silencio? Mientras yo he circulado como una postal suicia por esta ciudad... ¡Dime, háblame! Háblame como la lluvia, y yo estaré aquí echado y escucharé.

MUJER: Yo...

HOMBRE: ¡Tienes que hacerlo, es necesario! ¡Tengo que saber, así es que háblame como la lluvia y yo te escucharé, aquí echado, te escucharé...!

MUJER: Quiero irme de aquí.

HOMBRE: ¿Quieres irte?

MUJER: ¡Quiero irme de aquí!

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: ¡Sola! (*Vuelve a la ventana.*) Me instalaré con un nombre supuesto en un pequeño hotel de la costa...

HOMBRE: ¿Con qué nombre?

MUJER: Anna... Jones... La camarera será una viejecita que tenga un nieto y hable de él... Yo me sentaré en la silla mientras la viejecita hace la cama, con los brazos colgando... a los lados y... su voz será... apacible... Me contará lo que cenó su nieto..., tapioca y leche... (*Se sienta junto a la ventana y bebe sorbos de agua.*) La habitación será umbrosa, fresca y estará llena del murmullo de la...

HOMBRE: ¿Lluvia?

MUJER: Sí. De la lluvia.

HOMBRE: ¿Y...?

MUJER: ¡La ansiedad... desaparecerá!

HOMBRE: Sí...

MUJER: Al cabo de un rato la viejecita dirá: ya tiene la cama hecha, señorita; y yo le diré: gracias... Coja un dólar de mi monedero. Se

cerrará la puerta. Y me quedaré otra vez sola. Las ventanas serán altas, con largos postigos azules, y habrá una temporada de lluvia..., lluvia..., lluvia... Mi vida será como la habitación, fresca, umbrosa y... llena del murmullo de la...

HOMBRE: Lluvia...

MUJER: Todas las semanas, sin falta, el correo me traerá un cheque. La viejecita me cobrará los cheques y me traerá libros de una biblioteca y recogerá... la ropa de la lavandería... ¡Siempre llevaré ropa limpia!... Me vestiré de blanco. Nunca seré muy fuerte ni me quedarán muchas energías, pero pasado algún tiempo tendré las suficientes para pasear por la explanada, para pasear por la playa sin esfuerzo... Por las tardes pasearé por la explanada que bordea la playa. Elegiré una playa donde ir a sentarme, no lejos de la glorieta donde la banda toca selecciones de Víctor Herbert mientras oscurece... Tendré una habitación grande, con postigos en las ventanas. Habrá una temporada de lluvia, lluvia, lluvia. Y me sentiré tan agotada después de mi vida en la ciudad que no me importará estar sin hacer nada, simplemente oyendo caer la lluvia. Estaré tan tranquila. Las arrugas desaparecerán de mi cara. No se me inflamarán nunca los ojos. No tendré amigos. No tendré ni siquiera conocidos. Cuando sienta sueño regresaré despacio al pequeño hotel. El empleado dirá: buenas noches, señorita Jones; y yo me limitaré a sonreír apenas y cogeré mi llave. Nunca ojearé siquiera un periódico ni oíré la radio; no tendré ni idea de lo que ocurre en el mundo. No tendré conciencia del paso del tiempo... Un día me miraré al espejo y veré que mi cabello está empezando a ponerse gris, y por primera vez me daré cuenta de que he estado viviendo en ese peque-

ño hotel bajo un nombre supuesto, sin amigos ni conocidos ni relaciones de ninguna clase durante veinticinco años. Me sorprenderá un poco, pero no me preocupará. Me alegraré de que el tiempo haya pasado tan sin sentir. De cuando en cuando quizá vaya al cine. Me sentaré en la última fila, con toda esa oscuridad en torno mío y unas figuras inmóviles sentadas junto a mí, ignorándome, mirando a la pantalla. Personas imaginarias. Personajes inventados. Leeré largos libros y los diarios de escritores muertos. Me sentiré más cerca de ellos que me he sentido nunca de las personas que conocía antes de retirarme del mundo. Será grata y sedante esta amistad mía con poetas muertos, porque no tendré que tocarlos ni que responder a sus preguntas. Me hablarán sin esperar mi respuesta. Y me vendrá el sueño escuchando sus voces que me explicarán misterios. Me quedará dormida con el libro todavía entre las manos y lloverá. Despertaré, oíré la lluvia y me volveré a dormir. Una temporada de lluvia, lluvia, lluvia... Después, un día, al cerrar un libro o al volver sola del cine a las once de la noche, me miraré al espejo y veré que mi cabello se ha vuelto blanco. Blanco, blanco del todo. Tan blanco como la espuma de las olas. (*Se levanta y pasea por la habitación mientras habla.*) Recorreré mi cuerpo con las manos y percibiré lo asombrosamente delgada e ingrávida que me he quedado. ¡Oh, Dios mío, qué delgada estaré! Casi transparente. Apenas real, ya. Entonces advertiré, sabré, un tanto confusamente, que he permanecido allí, en ese pequeño hotel, sin... relaciones sociales, responsabilidades, inquietudes ni perturbaciones de ninguna clase... durante casi cincuenta años. Medio siglo. Prácticamente toda una vida.

No recordaré siquiera los nombres de las personas que conocía antes de llegar allí, ni qué se siente cuando se espera a alguien que... puede no venir... Entonces sabré —mirándome al espejo— que ha llegado el momento de pasear sola una vez más por la explanada, con un viento fuerte azotándome, el viento limpiísimo que sopla desde el confin del mundo, desde más lejos aún, desde los fríos límites del espacio ultraterrestre, desde más allá de lo que haya más allá de los confines del espacio. (*Se sienta otra vez, vacilante, junto a la ventana.*) Entonces saldré y pasearé por la explanada. Pasearé sola y me iré adelgazando, adelgazando.

HOMBRE: Nena. Vuelve a la cama.

MUJER: ¡Cada vez más delgada, más delgada! (*El va hacia ella y la obliga a levantarse de la silla.*) ¡Hasta que al final no tendré cuerpo ya y el viento me cogerá en sus fríos brazos blancos y me llevará para siempre!

HOMBRE (*Le besa el cuello*): ¡Vamos, ven a la cama conmigo!

MUJER: ¡Quiero irme, quiero irme de aquí! (*El la suelta y ella vuelve al centro de la habitación, sollozando incontinentemente. Se sienta en la cama. El suspira y se asoma a la ventana; la luz brilla a intervalos tras él y arrecia la lluvia. La MUJER se estremece y cruza los brazos. Sus sollozos han cesado, pero respira con dificultad. La luz centellea y el viento gime friamente. El HOMBRE sigue asomado a la ventana. Por fin, ella le dice con voz suave...:*) Vuelve a la cama. Vuelve a la cama, cariño... (*El vuelve hacia ella su cara perdida mientras*)

Cae el telón